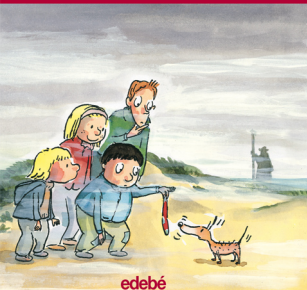


CUATRO AMIGOS Y MEDIO
EN...

El caso del calcetín apestoso

JOACHIM FRIEDRICH



edebé

C O L E C C I Ó N



CUATRO AMIGOS Y MEDIO

El caso del calcetín apestoso

edebé

Encuentro 1: Papá Noel hace vacaciones en verano

Charly, nuestro jefe, se apoyaba en la borda y miraba la isla a la que se acercaba el ferri.

—Una isla —dijo en voz baja, y yo me pregunté si estaba hablando con los peces—. Una isla es el lugar perfecto para un crimen.

—¡Eh, tío, eh! —chilló Fede—. ¿Qué dices? ¿La isla del crimen? ¿Es una película? En el *camping* seguro que no hay tele.

Charly se volvió hacia Fede y, bastante alterado, torció los ojos.

—¡Película! ¡Tele! —suspiró—. ¡Por favor, Fede! ¡Me refiero a la realidad! ¡A la vida misma!

—¡Eh, tío, eh! —volvió a chillar Fede—. ¡A ver si la próxima vez te explicas mejor!

—¿Acaso vais a volver a pelearos? —se entrometió mi hermano mellizo Rabanito—. ¡Estamos de vacaciones! ¡Hay que estar de buen humor! ¿Entendido?

—¡Vacaciones! —suspiré—. ¡Dos semanas con «Gran Soggi» en el mismo *camping!* Para mí, eso no tiene nada que ver con unas vacaciones...

—Deja ya de quejarte, Estefi —me bufó Charly—. Tendremos que hacer lo que podamos. No nos queda más remedio.

—¿Y qué es lo que podemos hacer? —repliqué. Rabanito me dio un golpecito.

—Vaya pregunta más estúpida, hermanita —dijo, esbozando una sonrisa—. Perseguir criminales, naturalmente. ¡Agencia de detectives Charly & Company, siempre a su disposición!

—Claro que sí —dijo Charly—. No es necesario que os riáis tanto. Debemos estar siempre disponibles. Al fin y al cabo, los gánsteres tampoco hacen



vacaciones. ¡Un detective de verdad nunca hace vacaciones! Y si...

—¡Papá! ¡Papá! —interrumpió una voz chillona a Charly, el jefe de Charly & Company.

Durante el viaje en tren, esa voz ya nos había sacado de quicio en más de una ocasión. Perteneecía a Siegbert, el hijo de «Gran Sigg», y al que, para mayor fortuna, llamaban Berti.

—¿Qué te pasa, hijo? —resonó la voz de «Gran Sigg» en la cubierta del ferri.

Me preguntaba seriamente cómo era posible que nuestro tutor, el señor Schlüter, al que todos llamamos «Gran Sigg» debido a que casi es tan ancho como largo, tuviera un hijo con esa voz tan chillona.

—¡Ese estúpido perro se me ha meado encima!
—dijo Berti lloriqueando.



Hasta ese momento, Fede, medio dormido, había estado apoyado en la borda dejando que el viento le soplara en la cara. Pero se despertó de golpe con lo de «estúpido perro», pues seguro que Berti se refería a Precioso, nuestro perro.

—¡Eh, tío, eh! Precioso no es ningún...

En ese instante, un largo y prolongado silbido interrumpió la protesta de Fede.

—¡Precioso! —dijo Charly, dando un fuerte suspiro—. ¡Otra vez no, por favor!

Pero entonces lo vimos. Uno de los miembros de la tripulación sujetaba con el brazo extendido a nuestro pequeño perro, que silbaba y pataleaba.

El porqué de los silbidos de Precioso probablemente se debe a un hueco que tiene en su dentadura. Y no sólo le faltan algunos dientes sino también media oreja. En realidad, es bastante feo, como una escobilla de váter. Por eso le llamamos Precioso, para que, por lo menos, el nombre lo tenga bonito.

—¿Es vuestro el *pirro*? —nos preguntó el tripulante, con su divertido acento danés—. Se ha hecho pipí sobre coche *ponito*.

Fede cogió a Precioso en brazos.

—¡Eh, tío, eh! —dijo en voz baja—. Perdón. No volverá a ocurrir.

El hombre dirigió una sonrisa a Fede, movió la cabeza en señal de desaprobación y volvió a su trabajo.

Nuestro tutor, sin embargo, no había terminado aún con Precioso. Se plantó frente a Fede de cuerpo entero mientras Precioso silbaba a toda máquina.

—¿En qué diablos estaría pensando al consentir que os trajeseis el perro?

Nuestro tutor frunció el ceño. ¡No era una buena señal!

—Fede, vigila bien al perro —dijo casi susurrando—. Si no, estas dos semanas no serán en absoluto divertidas para vosotros.

—¡Eh, tío, eh! Quiero decir, sí, señor Schlüter.

—¿Eso es todo? —chilló Berti, cuando parecía que su padre ya había acabado.

—¡Sí, eso es todo! —increpó «Gran Siggj» a su hijo—. Y dile a mamá que lave tus pantalones antes de que apesten.

—¿Pero cómo hemos podido ser tan idiotas y venir a este campamento? —suspiró Rabanito, cuando «Gran Siggí» desapareció de nuevo de cubierta.

De hecho, la culpa la tenían nuestros padres. Para ser exactos, la última reunión, antes de las vacaciones, de padres de alumnos. Allí, «Gran Siggí» había contado que él y sus amigos del club de excursionistas «Los Marchosos, S.L.» organizaban cada año un campamento en la isla danesa de Fanø. Allí, los jóvenes de la ciudad debían aprender a respetar la naturaleza.

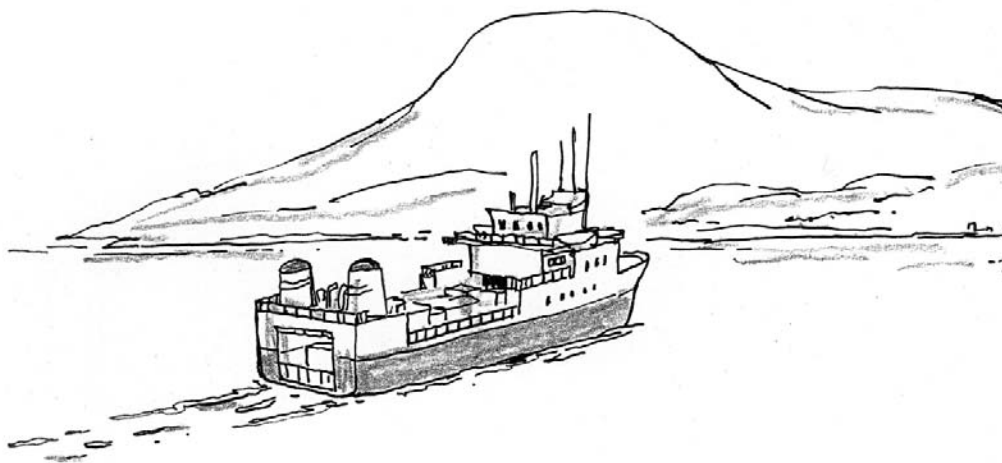
En consecuencia, nuestros padres nos habían inscrito inmediatamente en dicho campamento a Rabanito y a mí, puesto que pensaban que pasábamos demasiado tiempo y con demasiada frecuencia frente al ordenador o al televisor. Decir a nuestros padres que ellos hacían exactamente lo mismo cada día no fue un argumento válido para ellos. Por otro lado, los demás miembros de la agencia de detectives Charly & Company, como Charly llama siempre a nuestra pandilla, no salieron mejor parados. Puesto que la madre de Fede no tenía dinero para irse de vacaciones, la

oferta económica de Los Marchosos le vino de perlas e inscribió a su hijo rápidamente. Y como Charly no tenía ganas de quedarse solo, finalmente, se inscribió también, pero mucho menos espontáneamente.

Al principio nos extrañó que «Gran Siggí» permitiera que nos lleváramos a Precioso. No obstante, ahora podía imaginarme por qué nuestro tutor había sido tan generoso. Seguramente se temía que sin Precioso no hubiéramos venido. Y entonces lo del campamento hubiera salido mal, puesto que, aparte de nosotros, sólo se habían inscrito cuatro niños más. Y dos de ellos eran los hijos mayores de nuestro tutor. Además de Berti, «Gran Siggí» tenía una hija. Su nombre era Sieglinde, pero todos la llamaban Lindi. Las otras dos eran: Kitty y Kathy, dos chicas de nuestro curso.

El ferri atracó con una fuerte sacudida. Berti tropezó con su mochila y aterrizó en la cubierta boca abajo chillando a grito pelado.

—¡Hijo! —le gritó «Gran Siggí» a su retoño—. ¿Cómo puedes ser tan patoso?



Lindi agarró a su hermano y lo levantó.

—Pequeño torpe —dijo—. Si sigues así, pronto tendré que darte la comida.

Berti se soltó de su hermana.

—¡Idiota!

—¡Siegbert! —tronó de nuevo la voz de «Gran Siggj»—. ¡Nada de palabrotas!

—Pero si nuestro pequeño Berti sólo se defendía —intervino la señora Schlüter.

—No me apetece discutir esto ahora —jadeó nuestro tutor.

—¡Eh, tío, eh! Empezamos bien —me dijo Fede en voz baja—. ¿Y a esto lo llaman vacaciones?



—Mientras sólo se meta con sus hijos y no con nosotros, no tengo nada en contra —dijo Charly.

El lugar donde el ferri había atracado se llamaba Nordby. Por lo que pude juzgar, a primera vista parecía bastante agradable y tentador.

Cerca del puerto había un gran aparcamiento que «Gran Siggj» observaba con insistencia. Finalmente, un hombre se dirigió hacia nosotros saludando calurosamente con la mano. Llevaba el pelo bastante largo recogido en una cola y una barba blanca muy poblada.

—¡Eh, tío, eh! —dijo Fede en voz baja—. Papá Noel hace vacaciones en verano.

—¡Xaver! —dijo «Gran Siggi», al descubrir al hombre—. ¡Por fin, mi gran amigo de Baviera!

—*Hallo!* ¡No es para tanto! —dijo el Papá Noel de verano—. ¡El coche no arrancaba, hizo el tonto!

—Vaya —dijo Rabanito en voz baja—. El Papá Noel es de Baviera.

—¡Eh, tío, eh! ¿Pero qué demonios está haciendo precisamente aquí?

—Hay algo que me interesa muchísimo más —dijo Charly.

Comprendimos mejor lo que quería decir cuando nos sentamos, muy apreta-



dos, entre nuestro equipaje en el minibús desvencijado de Xaver.

No sé cómo se las había ingeniado Charly para conseguir sentarse en el asiento del copiloto, al lado del Papá Noel bávaro. Rabanito y yo nos colocamos detrás de él.

De repente, Charly tenía su cuaderno de notas entre las manos. Y lo que eso significaba lo sabíamos muy bien: nuestro jefe estaba buscando un nuevo caso.

—¿Ha visto últimamente algo raro en la isla?
—le preguntó a Xaver enseguida.

Éste, sorprendido, miró a Charly brevemente.

—¿Cómo?

—Pues... crímenes sin resolver por ejemplo, o personas sospechosas.

—¡Excepto yo, en Fanø no hay personajes sospechosos! —dijo Xaver, riéndose tan fuerte que Charly, del susto, dejó caer el cuaderno al suelo.

Lo cogió y lo guardó de nuevo en su bolsa. Probablemente tenía miedo de hacer un ridículo total.

—¿Vive en la isla durante todo el año? —preguntó Rabanito.

—*Hallo!* —volvió a decir Xaver—. Los países nórdicos siempre me atraieron y un buen día seguí mi corazón hasta llegar aquí, el sitio que estaba destinado para mí.

—¿Y el sitio es éste? —le pregunté.

Xaver se golpeó el pecho con el puño.

—¡Me llamo Xaver Hinterhuber! ¡Y soy de Baviera! ¡Pero mi corazón me dice que soy vikingo!

—¡No sólo es de Baviera sino que también está completamente chiflado! —me dijo mi hermano en voz baja.

Además de «Gran Siggj» y su mujer, también nos acompañaban el señor y la señora Machwitz. Habíamos averiguado que eran unos amigos excursionistas de «Gran Siggj». Lo que tenían en común con nosotros era el hecho de acompañar a nuestro tutor por primera vez a un campamento.

Durante el viaje en tren, el señor Machwitz estuvo en nuestro compartimento sin pronunciar palabra. Ni siquiera movió un músculo de la cara. Entonces me di cuenta de que el señor Machwitz seguro que hacía y decía muchas cosas, menos chistes, claro.

Pero ahora, para nuestra sorpresa, estaba abriendo la boca para decir algo.

—Pe... —llegó a decir únicamente porque su mujer le interrumpió enseguida.

—¿Pero a qué se dedica? —preguntó a Xaver.

—Bueno. Tenía algunos ahorros. Alquilé un terreno y abrí un *camping*.

De nuevo, el señor Machwitz quería decir algo.

—Seg...

—Seguramente se trata del *camping* donde vamos a alojarnos, ¿o no? —le interrumpió de nuevo su mujer.

—Así es —contestó «Gran Siggj» en lugar de Xaver—. El señor Hinterhuber ha sido tan amable de dejarnos cuatro tiendas a muy buen precio.

—Bueno. No hay de qué. Al fin y al cabo también soy miembro de un club de excursionistas, el de las «Pantorrillas Vikingas, S.L.».

El señor Machwitz volvió a intentarlo.

—No...

—No lo conocemos —le interrumpió su mujer por tercera vez.



—Bueno, de hecho soy el único miembro.

—Ba...

—¡Bastante solitario siendo el único excursionista! —dijo la señora Machwitz riendo—. ¡Mi marido, a veces, hace unos chistes muy buenos!

—No es de extrañar que durante el viaje en tren el señor Machwitz no dijera ni mu —susurró Rabinito—. Si yo tuviera una mujer tan habladora, tampoco abriría la boca.

—Tenlo en cuenta a la hora de casarte —respondí.

Miré por la ventanilla. Si debía pasarme dos semanas en un campamento con esos tíos, tenía que buscar la parte positiva. Y ésta, sin duda alguna, tenía que encontrarse más allá del minibús de Xaver.

La isla era mucho más grande de lo que había imaginado. Ahora mismo pasábamos por un bosque tan grande y frondoso como nunca me hubiera esperado en una isla del Mar del Norte. Además, «Gran Siggj» había contado a nuestros padres que en la isla había una playa de arena muy ancha y muy larga. La esperaba lo suficientemente ancha para poder estar sola de vez en cuando.

El *camping* de Xaver estaba en el otro lado de la isla, cerca de un pequeño y viejo pueblo de pescadores que se llamaba Sønderho.

Si Nordby ya me había gustado mucho, Sønderho era para morirse. Exactamente así me había imaginado siempre un pueblo de pescadores: unas casas bajitas con tejado de paja, callejones estrechos y un pequeño puerto. Al parecer, Fanø me compensaba el tener que pasar dos semanas con mi tutor, su familia y sus amigos excursionistas en un *camping*. El *camping* quedaba escondido entre los árboles, pero tan cerca de Sønderho que, tranquilamente, se podía ir a pie al pueblo de pescadores.

Xaver había reservado dos tiendas de cuatro plazas y dos de dos plazas. Con ello, no hubo duda respecto a la distribución: para los chicos una tienda de cuatro plazas, para las chicas lo mismo, y las tiendas de dos plazas para los adultos.

Primero tocaba deshacer los equipajes. Kitty y Kathy entraron primero en nuestra tienda.

—¿Dónde queréis dormir? —preguntó la hija de «Gran Sigg» a las dos amigas.

—Juntas —contestaron a la vez.

No me extrañaba en absoluto. A pesar de no tener mucha relación con la gente de la otra clase, Kitty y Kathy me habían llamado la atención en varias ocasiones durante el recreo. Siempre se las veía juntas, llevaban la misma ropa, hablaban de la misma manera e incluso tenían la misma forma de andar. Si una de ellas no hubiera sido alta y rubia; y la otra, bajita y morena, hubieran pasado perfectamente por gemelas.

—Quiero decir, ¿en la entrada o en el fondo de la tienda? —suspiró Lindi.

—¡Nos da igual! —volvieron a decir al unísono. Lindi me miró brevemente y bizqueó.

Para compensar, los chicos tuvieron que cargar con Berti. Le tocó dormir en el extremo de la tienda.

—Él solito ha elegido el sitio —dijo Charly.

Pero no lo creí del todo.

Fede se estiraba y se desperezaba.

—¡Eh, tío, eh! ¡Aire fresco! ¡Es total! Y ahora, ¿qué hacemos?

—¡Ir a la playa! —dijo Rabanito—. ¡Dicen que es superguay!

—Sí que lo es —dijo Lindi—. ¡Increíblemente grande!

—¡Eh, tío, eh! ¿Por qué no preguntamos a «Gran Sigggi» si podemos ir a ver la playa?

Típico de Fede. Le miré e intenté hacerle entender discretamente a quién tenía a mi lado. Tardó bastante en comprender.

—¡Eh, tío, eh! Claro, quería decir que por qué no preguntamos al señor Schlüter si podemos ir a ver la playa.

Lindi esbozó una gran sonrisa.

—No te preocupes. Yo también lo llamo así en secreto.

—No, os lo prohíbo —dijo «Gran Soggi» cuando se lo preguntamos, y una vez hubo olfateado el aire—. Está apareciendo la niebla.

—No se preocupe, señor Schlüter, tendremos cuidado —dijo Charly rápidamente—. El sentido de la orientación es una característica importante en los detectives.

«Gran Soggi» lanzó un suspiro mirando al cielo. No era de extrañar, puesto que Charly ya le había sacado de quicio muchas veces con sus «crímenes».

—Vaya, me alegro —se limitó a decir entonces—. Pero no os moveréis de aquí.

—¡Papá! —intervino Lindi—. No nos meteremos en el agua. ¡Te lo prometemos! Con este tiempo, se puede observar superbién a los pájaros. Tal vez incluso veamos una foca.

Nuestro tutor miró a su hija y respiró profundamente.

—Está bien —dijo entonces, con una especie de sonrisa satisfecha—. Pero tened en cuenta, por favor, que en el mar, uno se equivoca fácilmente con las

distancias. Ésa ha sido la perdición de muchas personas negligentes.

Con esas palabras tranquilizadoras, «Gran Soggi» nos despidió para ir a nuestro primer encuentro con la playa de Fanø.

La playa era mucho más ancha de lo que me había imaginado. Si no hubiéramos visto el mar a lo lejos, la habríamos podido tomar por el desierto.

—¡Incluso hay coches! —dijo Rabanito—. ¿No está prohibido?

—En la mayoría de las playas, sí, pero aquí no —dijo Lindi—. Al otro lado, incluso pasa el coche de línea por la playa. A mí, francamente, no me gusta demasiado, pero hay sitio suficiente. Por eso, las playas, afortunadamente, nunca están llenas, ni siquiera durante las vacaciones de verano.

Tenía toda la razón. Las únicas personas que descubrí estaban muy lejos y parecían las fichas de un parchís.

Nos paseamos por la playa, cogimos conchas, lanzamos piedras al mar y dejamos que el viento nos

diera en la cara. Fede intentó convencer a Precioso para que nadara en el agua, pero ya debería conocer mejor a nuestro pequeño perro y su miedo al agua. Cada vez que Fede se acercaba al agua con Precioso en brazos, éste soltaba un largo silbido prolongado gracias al hueco de su dentadura.

—¡Estefi, mira, mira! —dijo Charly de repente agarrándome tan fuerte del brazo que por poco me caigo al agua.

—¿Estás loco? —le bufé—. No tengo ganas de darme un baño.

Pero a Charly no le interesaba lo que yo decía. Se movía nerviosamente de un lado a otro señalando al mar, donde la niebla había formado densos velos.